

número 14 (segundo semestre 2006)
number 14 (second semester 2006)

Revista THEOMAI / THEOMAI Journal
Estudios sobre Sociedad, Naturaleza y Desarrollo / Society, Nature and Development Studies

Issn: 1515-6443

Las tres lógicas de la construcción de la hegemonía¹

*Javier Balsa**

La hegemonía se ha convertido en una cuestión clásica en los estudios sociales; sin embargo, no contamos con una teoría suficientemente sistemática y operacionalizable. Consideramos que un esfuerzo analítico que avance en la discriminación de los procesos que operan en la construcción de hegemonía, puede ser un aporte para pasar de la potencialidad que encierra este concepto a su real potencia heurística y explicativa. En este sentido, vamos a intentar discernir tres lógicas diferentes que intervendrían en la construcción de la hegemonía. Aclaramos que se trata de un proceso por demás complejo y que pensamos que estas lógicas no operan en forma aislada sino de manera articulada. Sin embargo, a fines analíticos consideramos que resulta fructífero distinguirlas, pues sus fundamentos son claramente distintos.

En primer lugar existiría una hegemonía construida tan sólo en términos de “alianza de clases”, como mero acuerdo político entre sujetos sociales inmodificados por dicha alianza. En segundo lugar, habría una hegemonía organizada a partir del reconocimiento de la “dirección intelectual y moral” de una clase o sector social dominante. Y por último, existiría una hegemonía estructurada a partir de la difusión de un “modo de vida” que favorecería la aceptación de la situación de dominación².

* jjbalsa@unq.edu.ar

(CONICET – Universidades Nacionales de La Plata y Quilmes).

¹ El presente trabajo es fruto de dos instancias de elaboración. Por un lado, estas ideas fueron siendo debatidas en las reuniones del equipo de la Universidad Nacional de La Plata en el que trabajamos sobre la operacionalización del concepto de hegemonía y del que formamos parte junto con María Eugenia Bordagaray, Mariana Busso, Guillermo de Martinelli, Roberto Querzoli, Magdalena Salgado y Adriana Valobra. Por otro lado, su elaboración se concluyó durante una estancia posdoctoral en la Universidad Federal Fluminense, enriqueciéndose con los comentarios del grupo de trabajo dirigido por Sonia de Mendonca. A todos ellos mi agradecimiento.

² Para precisiones sobre el uso de los conceptos de “dirección” y “dominación” en el análisis de la hegemonía, puede consultarse Balsa (en prensa). En ese artículo se encontrará, también, un esfuerzo por sistematizar la definición de hegemonía y lineamientos para su operacionalización.



1. *Una hegemonía construida como “alianza de clases”*

Sería aquella hegemonía en la que la clase dominante logra articular sus propios intereses (cediendo hasta donde sea necesario) con intereses parciales de fracciones de las clases subalternas (o fracciones dominadas de la clase dominante) de modo de integrarlas en su propuesta hegemónica³. Su base es estrictamente material, y, en este sentido, se asemeja a la idea leninista (pre-gramsciana) de hegemonía como “alianza de clases”⁴. La aceptación de la dominación y la dirección está guiada por la lógica del cálculo de costos y beneficios. Sólo se acepta la dirección política en su sentido más restringido. De modo que las clases o fracciones dominadas mantienen su “independencia” (relativa) en el plano ideológico y en su identidad de clase, y aceptan la dominación y la dirección sólo en términos tácticos, por las ventajas materiales que les representan. Estas ventajas resultan siempre parciales, pues están limitadas por los intereses medulares de la clase dominante que no son “negociables”. Sin embargo, cuáles son estos intereses no es una cuestión estática, sino que depende directamente de la correlación de fuerzas. Como en la correlación de fuerzas intervienen las capacidades político-ideológicas de cada una de las clases, vemos que los “cálculos” no se realizan en un vacío ideológico, sino que se basan en estas capacidades.

Debemos aclarar que, en el límite, una dominación construida sólo como “alianza de clases” no es de tipo hegemónico, pues no hay operación ideológica ni transformación de los sujetos sociales que, como veremos, son las operaciones claves de una hegemonía plena. Pero como esto sólo ocurre en un límite analítico, y siempre existe algún tipo de operación ideológica que “recubre” y a la vez construye la alianza, consideramos que sí es una operación de construcción hegemónica. Lo contrario también es cierto, toda construcción de hegemonía intelectual y moral contiene algún tipo de concesiones materiales.

Esta operación se logra esencialmente por la habilidad política de las figuras dirigentes de la clase dominante, que logran enhebrar alianzas con las elites de las fracciones dominadas de la clase dominante y/o de las clases subalternas, ofreciendo ventajas materiales a las clases por ellas “representadas”⁵.

Este tipo de articulación hegemónica es típico de las alianzas inter-oligárquicas. Las fracciones dominadas de las clases dominantes tiene capacidades intelectuales propias como para no ser fácilmente hegemónicas y sólo aceptan la hegemonía a cambio de ventajas materiales concretas. Por otro lado, esta hegemonía permite articular a las clases auxiliares, pero no a todas las clases subalternas sin realizar grandes sacrificios en la tasa de ganancia. Sin embargo, cuando las clases subalternas están muy bien organizadas y con posiciones económicas sólidas, puede que sólo acepten una hegemonía que les brinde importantes ventajas materiales. Esto ya lo veía Engels

³ Como dice Gramsci, para construir la hegemonía, “la vida estatal es concebida como un continuo formarse y superarse equilibrios inestables (en el ámbito de la ley) entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados, equilibrios en los que los intereses del grupo dominante prevalecen pero hasta cierto punto, o sea no hasta el burdo interés económico-corporativo” (*Cuadernos de la Cárcel*, Mexico, Editorial Era [desde ahora: CC], 13 (17), p. 37).

⁴ En Anderson (1978) encontramos un rastreo de la idea de hegemonía en Lenin, pero es en Laclau y Mouffe (1987: 57-64) donde se establece una clara diferenciación entre la idea leninista de hegemonía como alianza de clases y la posición gramsciana que involucra un proceso de articulación y modificación de los sujetos.

⁵ Otra opción sería dar ventajas solo a las elites dirigentes de tales clases, incluso a través de la mera corrupción. Ya Gramsci aclaraba que “entre el consenso y la fuerza está la corrupción-fraude (que es característica de ciertas situaciones de difícil ejercicio de la función hegemónica, presentando el empleo de la fuerza demasiados peligros) o sea el debilitamiento y la parálisis inflingidos al adversario o a los adversarios acaparando sus dirigentes bien sea encubiertamente o, en caso de peligro emergente, abiertamente, para provocar confusión y desorden en las filas adversarias” (CC, 13 (37), p. 81). Esto nos conduce a la cuestión de la “decapitación” intelectual de las clases subalternas. Estas elites también pueden ser captadas ideológicamente, y no con ventajas materiales (ver el análisis de Portelli, 1973).



(1858 y, más precisamente, en 1892) cuando acuñó la idea de “aristocracia obrera”, desarrollada luego por Lenin (1916: 133). La propia construcción del Estado de Bienestar puede ser pensada de este modo.

El análisis de la hegemonía basada en la alianza de clases pareciera ser el más sencillo: se deben buscar indicadores de la situación económica de los distintos grupos sociales y/o sus líderes, y cómo evoluciona diferencialmente en las distintas coyunturas de alianzas políticas.

2. Una hegemonía construida como “dirección intelectual y moral”

Esta, podríamos decir, es la hegemonía “propriadamente dicha”. La ideología es el elemento clave de este tipo de dominación y podría ser diferenciada en dos niveles. En primer lugar, una acepción más estrecha, la “intelectual”: la ideología como complejo de ideas, como doctrina. En segundo lugar, una acepción más amplia: la ideología como “moral”, en tanto conjunto más amplio de valores, prácticas y representaciones sociales ampliamente compartidos dentro de una cultura⁶. Como lo analiza Eagleton (1997: 152-153), “con Gramsci se efectuó la transición crucial de ideología como ‘sistema de ideas’ a ideología como una práctica social auténtica y habitual, que debe abarcar supuestamente las dimensiones inconscientes y no articuladas de la experiencia social además del funcionamiento de las instituciones formales”. En este sentido, es que Gramsci afirma que “todo hombre es filósofo” pues “posee una concepción del mundo y una ética”. Asimismo, como afirma Coutinho, en la medida en que los valores son compartidos socialmente, pasan a tener existencia objetiva al ser universalmente intersubjetivos. “La lucha por la hegemonía implica una acción que, derivada para la efectivización de un resultado *objetivo* en el plano social, presupone la construcción de un universo *intersubjetivo* de creencias y valores”. Cada orden social tendría su “eticidad” (Coutinho, 1999: 115-116).

Sin embargo, incluso en esta definición amplia de ideología, no todos los elementos de una cultura serían parte de una ideología, sino sólo los que encierran una operación de legitimación de una relación de dominación. Esta última inflexión (el reconocimiento de una funcionalidad para con la dominación) es el elemento que permite discriminar, dentro de todos los elementos culturales, a aquellos propios de la ideología en el sentido ampliado, y de este modo criticar la dicotomía “ideología (grupal) vs. cultura”⁷. Pues, como sintetiza Žižek (2003: 15) la ideología siempre es funcional respecto de alguna relación de dominación social de un modo no transparente: la lógica misma de la legitimación de la relación de dominación debe permanecer oculta para ser efectiva.

El reconocimiento de estos dos planos de la ideología (doctrinal y moral) nos permite formular otra disquisición analítica en la construcción de este tipo de hegemonía. Podrían pensarse relacionados con las dos instancias de socialización: primaria (o también con procesos de resocialización) y secundaria. Recordemos que la socialización secundaria es la que induce al individuo a sectores parciales de su sociedad, mientras que la socialización primaria es la que lo convierte en miembro de dicha sociedad.

La construcción de la hegemonía en el plano intelectual (en su sentido tradicional) se inscribe en los procesos de socialización secundaria. Este plano intelectual es mucho más conciente y por lo tanto, más inestable, por ser por definición un tema permanentemente sujeto a la crítica. Como lo plantean Berger y Luckmann, “el carácter más ‘artificial’ de la socialización secundaria vuelve aún más vulnerable la realidad subjetiva de sus internalizaciones frente al reto de las definiciones de la realidad, no porque aquellas no estén establecidas o se aprehendan como algo menos real en la

⁶ Este, por ejemplo, es el sentido que le da Therborn (1991: 2), para quien ideología no serían “cuerpos de pensamiento o estructuras de discurso *per se*, sino como manifestaciones del particular ser-en-el-mundo de unos actores conscientes, de unos sujetos humanos”.

⁷ Dicotomía presente en el texto de Van Dijk (1999), y que lo conduce a reconocer sólo un sentido grupal de ideología mientras que la “base cultural común” no formaría parte de la ideología.



vida cotidiana, sino porque su realidad se halla menos arraigada en la conciencia y resulta por ende más susceptible al desplazamiento” (Berger y Luckmann, 1968: 186).

En cambio, la hegemonía moral tiene sus fundamentos en la construcción del mundo social que se desarrolla durante la infancia, a partir de la inclusión automática en los distintos grupos que nos imponen su concepción del mundo, tal como ya lo planteaba Gramsci⁸. Como apuntan Berger y Luckmann, entonces se internalizan las descripciones de lo real como verdades objetivas, pues en la socialización primaria “las definiciones que los otros significantes hacen de la situación del individuo le son presentadas a éste como realidad objetiva” (1968: 166). Y este proceso se ve reforzado por un contexto de enorme carga emocional: “la internalización se produce solo cuando se produce la identificación” (167). Así, “la sociedad, la identidad y la realidad se cristalizan subjetivamente en el mismo proceso de internalización, que a su vez corresponde con la internalización del lenguaje”. De modo que, “el mundo de la infancia es masivo e indudablemente real” (172). Al mismo tiempo, estos procesos de socialización se vinculan directamente con el plano del poder: “el poder en la sociedad incluye el poder de determinar procesos decisivos de socialización y, por lo tanto, el poder de *producir* la realidad” (152). Por lo tanto, este periodo es clave para la construcción de distintos tipos de hegemonías, pues una hegemonía bien efectiva es la que logra que la visión del grupo dominante se internalice como “lo natural” en tanto parte constitutiva de la cultura⁹. Las cuestiones así internalizadas son aquellas más difíciles de disputar por una contra-hegemonía, pues se necesitarán procesos de resocialización. Así por ejemplo, la naturalización de la existencia de ricos y pobres, de las obligaciones de la mujer en el cuidado del hogar y los hijos, de que no es conveniente denunciar las relaciones de poder, y que la sociedad es algo inentendible e inmodificable, por dar sólo unos ejemplos, son creencias y actitudes muchas veces aprendidas en la socialización primaria y requieren de fuertes procesos de contrastación (de resocialización) para ser impugnados. Es por ello que Gramsci afirma que “el inicio de la elaboración crítica es la conciencia de lo que es realmente, o sea un ‘conócete a ti mismo’ como producto del proceso histórico desarrollado hasta ahora que ha dejado en ti mismo una infinidad de huellas recibidas sin beneficio de inventario. Hay que hacer inicialmente ese inventario” (CC, 11 (12), p. 246).

Sin embargo, no siempre los contenidos de la socialización primaria resultan funcionales a la dominación hegemónica. Es más, por una serie de procesos históricos, puede que sean las nuevas fracciones dominantes de la clase dominante las que necesiten operar esta transformación “moral” y, entonces, tengan que “luchar” contra las visiones de lo social internalizadas en la socialización primaria. Por ejemplo, en el caso del pasaje de una visión ligada al Estado de Bienestar y la economía fordista, hacia la imposición de una visión neoliberal, tuvieron que “desmontar” toda una serie de apreciaciones acerca de cómo era el mundo, las relaciones entre las clases, los derechos inherentes a la ciudadanía, el lugar de la educación como instrumento igualitario y un largo etcétera, que estaban enraizadas en la mayoría de la población.

⁸ “... una concepción del mundo ‘impuesta’ mecánicamente por el ambiente externo, y por lo tanto por uno de tantos grupos sociales en los cuales cada cual se encuentra automáticamente incluido desde su entrada en el mundo consciente (y que puede ser la propia aldea o la provincia, puede tener origen en la parroquia y en la ‘actividad intelectual’ del párroco o del viejo patriarcal cuya ‘sabiduría’ dicta leyes, en la mujercilla que ha heredado la sabiduría de las brujas o en el pequeño intelectual agriado en su propia estupidez e impotencia para actuar)...” (CC, 11 (12), p. 245).

⁹ En la medida en que valores y significaciones de los mismos pasan del plano más estrictamente ideológico (en el sentido de grupal) al plano cultural, del sentido común, estas creencias se desplazan desde las creencias evaluativas hacia creencias descriptivas. Las proposiciones no son percibidas como “opiniones”, sino como “descripciones verdaderas”. Si bien, como plantea Ducrot, todo discurso descriptivo es también argumentativo, lo importante es como es “leído” por el receptor. Entonces, la construcción de hegemonía involucra no solo “discursos” sino también los procesos mentales que se hacen sobre esos discursos (Van Dijk, 1999: 85).



2.1. Los planos en la construcción de la “hegemonía intelectual y moral”

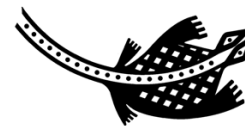
La hegemonía intelectual comienza a construirse esencialmente a través de la “batalla de las ideas”. Esta “batalla” tiene como contendientes a los “intelectuales” en su sentido más clásico, como sujetos especializados en la producción de las ideas. Y estos intelectuales son imprescindibles para lograr la autoconciencia, tal como sostiene Gramsci: “autoconciencia crítica significa histórica y políticamente creación de una élite de intelectuales: una masa humana no se ‘distingue’ y no se vuelve independiente ‘por sí misma’ sin organizarse (en sentido lato) y no hay organización sin intelectuales, o sea sin organizadores y dirigentes, o sea sin que el aspecto teórico del nexo teoría-práctica se distinga concretamente en un estrato de personas ‘especializadas’ en la elaboración conceptual y filosófica. Pero este proceso de creación de los intelectuales es largo, difícil, lleno de contradicciones, de avances y retiradas, de desbandadas y reagrupamientos...” (CC, 11 (12), p. 253).

Por lo tanto, para la construcción de la hegemonía es fundamental la resolución de la disputa por las ideas (y la subsiguiente formación de nuevos intelectuales). Y en esta resolución un factor clave es el grado de formación de los intelectuales orgánicos de las distintas clases. Pero en el resultado de esta “batalla” también incide el nivel de “ardor” con que dichos intelectuales entran en el combate. La combinación de estos dos componentes (nivel intelectual y ardor) tiende a definir la disputa, junto con la cuestión de la cantidad de intelectuales “orgánicos” con que cuenta cada sector. Sin embargo, con esta cuestión de la formación de discípulos ya nos estamos adentrando en cuestiones que rebasan el estricto plano “de las ideas” y que también son parte esencial de esta “batalla”: nos introducimos en todas las cuestiones vinculadas con la constitución y las disputas en torno al “campo intelectual” (Bourdieu, 1983). Es decir, la “batalla de las ideas” no se libra sólo en el “plano de las ideas” sino que su resultado está también determinado por el control de los aparatos de producción ideológica, es decir en un plano institucional. Estos “campos” poseen reglas internas al mismo que regulan su constitución y su dinámica. Pero también son sometidos a influencias externas. En primer lugar, en tanto aparatos socialmente autorizados para producir ideas, tienen una determinación parcialmente externa al propio campo: necesitan de un “reconocimiento” externo (muchas veces incluso de una autorización estatal). En segundo lugar, también existen “intromisiones” (económicas o coercitivas) dentro de estos campos.

Sin embargo, la lucha dentro del “campo intelectual” no resuelve la disputa hegemónica. Gramsci afirma que “el gran intelectual debe también él lanzarse a la vida práctica, convertirse en un organizador de los aspectos más prácticos de la cultura, si quiere seguir dirigiendo; debe democratizarse, ser más actual...” (CC, 6 (10), p. 17). También sostiene que “la filosofía como concepción del mundo y la actividad filosófica no [deber ser] concebida ya [solamente] como elaboración ‘individual’ de conceptos sistemáticamente coherentes, sino además y especialmente como lucha cultural para transformar la ‘mentalidad’ popular y difundir las innovaciones filosóficas que demostrarán ser ‘históricamente verdaderas’ en la medida en que se vuelvan concretamente, o sea históricamente, universales...”. De allí, que “Toda relación de ‘hegemonía’ es necesariamente una relación pedagógica” (CC, 10 II (44), p. 209-210)¹⁰. Y más adelante agrega que “se trata por lo tanto de elaborar una filosofía que teniendo ya una difusión, o difusividad, por estar conectada con la vida práctica e implícita en ella, se convierta en un renovado sentido común con la coherencia y el nervio de las filosofías individuales: esto no puede suceder si no se sigue sintiendo siempre la exigencia del contacto cultural con los ‘simples’.” (CC, 11(12), p. 251).

Entonces, la resolución de hegemonía social involucra una disputa que se da ya no en términos puramente “académicos”, pues tiene lugar no sólo en los aparatos de producción de ideología, sino en los aparatos difusores de ideología. Esta es, nuevamente, una diferenciación

¹⁰ Según destaca Gruppi (1980: 78), Gramsci jamás deja de subrayar que la relación hegemónica siempre aparece también como una relación pedagógica.



analítica. En todos los aparatos hay funciones de producción y de difusión. Pero existen aparatos más centrados en la producción, y aparatos más centrados en la difusión. Especialmente en el capitalismo avanzado, muchas veces la clase dominante deja que en los espacios de producción de ideas exista un amplio pluralismo, donde incluso abundan concepciones contra-hegemónicas (por ejemplo, los espacios universitarios de algunos países), con la certeza de que su capacidad para llegar a amplios sectores de la población se ha tornado cada vez más escasa a partir del desarrollo de los medios de comunicación de masas, éstos sí ampliamente controlados por la burguesía. Es por ello que consideramos equivocada la idea de Portelli de que la hegemonía se construye en base a un “monopolio intelectual”. Es más, podemos afirmar que existe cierta tendencia, en la dominación hegemónica en el capitalismo actual, de permitir el “florecimiento” de intelectuales diversos. Existe hasta una celebración de la diversidad intelectual. Donde está el cuasi-monopolio es en los medios de difusión masiva.

Los intelectuales “difusores” (ahora en el sentido ampliado y gramsciano del término “intelectuales”), se informan, seleccionan y construyen nuevos discursos a partir de las elaboraciones de los intelectuales “productores de ideas”. En realidad hay una cadena de procesos, ya que muchos “intelectuales” difusores, sólo leen o escuchan lo que otros intelectuales difusores dicen. Cabe preguntarnos acerca de si en la actualidad la filosofía continúa siendo “la piedra angular de la dominación ideológica” (Portelli, 1973). Según Nun (1989), el desarrollo de una cultura de masas, habría ido debilitando progresivamente la importancia de la ideología, en su sentido más intelectual, en la determinación de la disputa hegemónica¹¹. Un proceso que podríamos denominar como de “desintelectualización” de la hegemonía (aunque ésta sería un interesante cuestión a estudiar).

2.2. Los aparatos y la lucha ideológica

Cuando hablamos de “aparatos” ideológicos, la referencia ineludible es Althusser (1970), más allá de las críticas que este trabajo suscitara. Este autor diferencia entre aparatos religiosos (el sistema de las distintas Iglesias), escolar (el sistema de las distintas “Escuelas”, públicas y privadas), familiar, jurídico, político (el sistema político del cual forman parte los distintos partidos), sindical, de información (prensa, radio, TV, etc.) y cultural (literatura, artes, deportes, etc.).

Este listado nos merece tres observaciones. En primer lugar, la mayor parte de estos “aparatos” son más propios de la Sociedad Civil que de la Sociedad Política. Por lo cual resulta muy poco útil identificarlos justamente con el “Estado”, llamándolos “aparatos ideológicos del Estado”. La no vinculación directa con el Estado, abre la cuestión de su unificación. Si bien Althusser no identifica la unificación con este carácter estatal (sino que la ubica en la reproducción de la ideología dominante) creemos que, implícitamente, es el término “Estado” el que, a través de su halo semántico, cumple esta función¹². Si bien en el sentido de “Estado ampliado” no habría esta

¹¹ Así podríamos entender la interpretación que propone Nun (1989: 44-45): “...se ha ido debilitando la específica función mediadora de las ideologías, que prometían encargarse de conectar un sistema tendencialmente cerrado –el del conocimiento teórico– con otro tendencialmente abierto –el de la vida cotidiana [...] las ideologías no se proponían meramente traducir a un lenguaje simple los hallazgos de la ciencia sino utilizarlos de manera selectiva en sus enunciados sobre la realidad para integrarlos de este modo a proyectos públicos de movilización colectiva [...] [Ha ocurrido una] degradación de la esfera pública, en la que la manipulación simbólica ha reemplazado al debate y el esclarecimiento de las opiniones se ha rebajado a un problema técnico que deben resolver los expertos en propaganda y en relaciones públicas. En un sentido, las ideologías se han autonomizado; pero esto al precio de irse disolviendo como tales, es decir, como modos racionales de discurso”.

¹² Althusser afirma que la unificación estaría asegurada por la ideología dominante. Sin embargo, ésta es sólo una posibilidad, no una necesidad. Como lo señala Therborn, no debe pensarse la ideología dominante como una doctrina omnipresente que regiría todo (Therborn, 2003: 197). De otro modo, no podrían ser considerados los mismos “aparatos



unificación asegurada, la idea de Estado en sentido estricto sí parece garantizarla¹³. Para evitar todos estos problemas conceptuales, consideramos que sería mejor hablar de “aparatos ideológicos” sin más adjetivaciones.

En segundo lugar, en este listado de Althusser si bien algunos “aparatos” presentan una materialidad e institucionalización propias del término “aparato”, otros no tienen este tipo de características (como el “aparato” familiar). De modo que sería más apropiado dejarlos fuera de este concepto. Proponemos, en cambio, denominarlos “mediadores”.

En tercer lugar, Althusser le otorga una fuerte centralidad al aparato ideológico escolar: “el Aparato Ideológico del Estado que ha sido colocado en posición dominante en las formaciones capitalistas maduras” (1970: 132). También en Gramsci encontramos valoraciones parecidas. Sin embargo, al menos en el contexto del avance neoliberal de fines del siglo XX, el aparato escolar muchas veces aparece como baluarte de los ya “antiguos” valores e ideologías propias del Estado de Bienestar, de regímenes populistas y del fordismo. En cambio, pareciera que este papel central se ha desplazado, tal vez ya desde mediados del siglo XX, hacia los medios masivos de comunicación.

Entonces, para analizar la dinámica hegemónica, debemos estudiar la conformación y el funcionamiento de todos los diversos aparatos ideológicos, teniendo especialmente en cuenta su historicidad.

En la medida en que “descendemos” desde la filosofía hacia la disputa por el sentido común y la construcción de una hegemonia “moral” observamos que no alcanza con lograr un fuerte control sobre los aparatos productores y difusores de ideología, sino que también es necesario el predominio ideológico sobre otros mediadores encargados de los procesos de socialización primaria: esencialmente, los padres y también los maestros de escuela, sobre todo de los primeros años.

Esta hegemonia “moral” implica un proceso que va desde el plano intelectual hacia el del sentido común, y que lo logra reconfigurar. De algún modo, al obtenerse esta hegemonia “moral” la ideología en su sentido restringido perdería su función. Pero, en esta operación se consagraría el gran triunfo de la ideología en su sentido ampliado (Zizek, 2003). Por lo tanto, la operación política básica de la construcción de la hegemonia sería lograr la penetración en el sentido común. Sin embargo, debido a la influencia de la práctica, estas operaciones siempre tienen un efecto limitado. Así, frente a la dominación ideológica Gramsci rescata los límites que le opone el sentido común, especialmente en tanto que “buen sentido”. En los *Cuadernos* afirma que “en una serie de juicios el sentido común identifica la causa exacta, simple y al alcance de la mano, y no se deja desviar por fantasías y oscuridades metafísicas, pseudo-profundas, pseudo-científicas, etcétera” (CC, 10 (48), p. 212). Como afirma Nun (1989: 76), “la misma experiencia concreta de los sectores populares genera un *núcleo de buen sentido* en el marco de su sentido común, por más que éste tienda a ‘embalsamar, momificar y degenerar’ las reacciones sanas que aquel promueve; porque en todo caso –y contra cualquier lectura reproductorista– la concepción del mundo de las clases dominantes ‘limita el pensamiento de las masas populares negativamente, sin influirlo de modo positivo’”. Este “buen sentido” es un duro obstáculo para la integración hegemónica, pues produce un “sentido de separación” frente a la clase dominante. “El ‘sentido de separación’ denota tanto la percepción de una comunidad de intereses no necesariamente antagonista (caso de la conciencia ‘económico-

ideológicos del Estado” como “lugar de la lucha de clases, y a menudo de formas encarnizadas de lucha de clases”, como el propio Althusser afirma en el mismo trabajo (1970: 128).

¹³ Consideramos que, para evitar equívocos, solo debería hacerse uso del término “Estado ampliado” con la conciencia de que este carece de la centralidad que todo Estado, en sentido restringido, presenta (más allá de sus disputas internas y su menor o mayor grado de desorganización). Sin tener presente que este Estado no tiene centralidad (no tiene las características organizativas de un “Estado”), surgen permanentes confusiones con este concepto de “Estado ampliado”. La no comprensión de esta cuestión lleva a Anderson (1978: 59) a una crítica excesiva de esta conceptualización de Gramsci.



corporativa') como que 'el pueblo *siente* que tiene enemigos y los individualiza sólo empíricamente en los así llamados señores...'';

Para Nun, la lucha político-ideológica debe reconocer la especificidad del campo del sentido común, y traducirse para poder combatir en este terreno. La política no es la imposición de un campo sobre el otro, sino su articulación. La habilidad de traducción es clave. Hablar los dos lenguajes y vincularlos¹⁴. El ejemplo, tal vez más claro y actual es el de la "implantación" de la ideología neoliberal. De hecho, lo que el neoliberalismo logró realizar con gran maestría fue hablar el "lenguaje del hombre de la calle", apelar a "Dona Rosa" (como gustaba decir el principal divulgador del neoliberalismo en Argentina) con ejemplos y metáforas simples y cercanas al sentido común. El neoliberalismo se construyó desde la práctica más que desde la ciencia. Sin embargo fue hacia ella para buscar justificaciones (donde pudo encontrarlas, especialmente entre los economistas) y construyó "verdades" para difundir en el sentido común; pero también en sus prácticas micro-económicas. De ahí su eficacia: a medida que las prácticas económicas, pero también las políticas, se fueron "adecuando" a su prédica, cada vez encontró más validaciones a sus creencias, al tiempo que sus valores se iban concretando al compartirse por más individuos. El proceso se realimentó a partir de los cambios en los modos de vida (especialmente con la expansión del consumo) de amplios sectores de la población.

Como lo analiza Nun (1989), el reconocimiento de la importancia del sentido común como terreno clave de la disputa hegemónica es hoy en día más importante aún que en las épocas de Marx y de Gramsci. La apuesta de ambos era que el sentido común iba a ser (o podía llegar a ser) transformado a partir del estudio científico de la dinámica social que aportaría el materialismo histórico. Especialmente en tiempos del primero, todavía era posible sostener con bases relativamente sólidas el proyecto iluminista de una transformación científico-ideológica del sentido común, con una base letrada. Incluso Gramsci mantenía (más allá de su pesimismo) un gran optimismo en la posibilidad de que el materialismo histórico pudiera transformar el sentido común, cerrar la brecha entre doxa y episteme. Sin embargo, un siglo más tarde el peso de las ideologías en tanto doctrinas ha perdido importancia en la determinación de la lucha hegemónica, frente al avance de los medios de comunicación de masas¹⁵, que Gramsci comenzó a visualizar apuntando correctamente no sólo a su velocidad, sino también a su capacidad emotiva, pero con menor "profundidad" que la comunicación escrita¹⁶. Desmintiendo las esperanzas de Marx, "los progresos de la educación y las comunicaciones no han conducido a una singularización cada vez más lúcida del ser de clase en la experiencia cotidiana de los sectores populares" (Nun, 1989: 45). Cabe aclarar que ésta no ha sido sólo una operación de base tecnológica, sino que en muchas situaciones históricas las clases dominantes realizaron importantes procesos de coerción para destruir los embriones de construcción de una cultura popular alternativa, con toda una producción intelectual y editorial destinadas a construir y difundir una visión de mundo

¹⁴ En este sentido, Phillips (1998: 854) analiza cómo el thatcherismo operó para conectar el mundo de la política con el mundo cotidiano de la gente. Así, el monetarismo, por ejemplo, fue formulado en los términos de la vida cotidiana, en el lenguaje del presupuesto familiar.

¹⁵ "Allí donde se creyó que desplegaría su potencial teórico y crítico la palabra escrita, vino a instalarse una 'industria de la conciencia' que actúa sobre las opiniones populares por medio del periodismo, de la radio, de la televisión, etc. Y profundiza la brecha que las separa del 'aparato cultural' que produce y que consume ideología" (Nun, 1989: 95). "... la industria cultural invade los espacios que antes ocupaban los periódicos obreros, el teatro popular o los debates en los círculos socialistas". "El 'nuevo espíritu científico' ya no dialoga con el sentido común [...] el desarrollo científico no ha implicado un acercamiento sino un hiato creciente entre ésta y otras esferas de la práctica social." (Nun, 1989: 44-45).

¹⁶ "... hoy la comunicación hablada es un medio de difusión ideológica que tiene una rapidez, un área de acción y una simultaneidad emotiva enormemente más vasta que la comunicación escrita (el teatro, el cinematógrafo y la radio, con la difusión de altoparlantes en las plazas, baten todas las formas de comunicación escrita, desde el libro hasta la revista, el periódico, el periódico mural) pero en superficie, no en profundidad" (CC, 16 (21), p. 289).



contestataria de la dominante, especialmente importante a comienzos del siglo XX (Fontes, 2005: 183-184).

2.3. Las operaciones para la construcción de la “hegemonía intelectual y moral”

La “universalización” y la (re)construcción de una visión del mundo

La operación básica es la de buscar presentar (y conseguir luego que así sean “vistos”) los intereses particulares de la clase dominante como los intereses generales del colectivo. Así lo sintetiza Portantiero: “Acción hegemónica sería aquella constelación de prácticas políticas y culturales desplegadas por una clase fundamental, a través de la cual logra articular bajo su dirección a otros grupos sociales mediante la construcción de una voluntad colectiva que, sacrificándolos parcialmente, traduce sus intereses corporativos en universales” (Portantiero, 1987: 151). En palabras de Gramsci: “...situando todas las cuestiones en torno a las cuales hierve la lucha no en el plano corporativo sino en un plano ‘universal’, y creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados” (CC, 13 (17), p. 37)¹⁷.

A la operación de universalización podemos agregar dos procedimientos. En primer lugar, junto con la universalización, la clase dominante realiza una operación de “despolitización” de la cuestión de los intereses. Si los intereses ya no son particulares, sino generales, deben quedar fuera del juego de la política. Solo resta “administrar” el bien común¹⁸.

En segundo lugar, en la medida en que el horizonte de universalización sea la Nación, esta operación tendrá algún tipo de apelación nacionalista (que puede tener diferentes signos ideológicos). Como consecuencia de esta operación, el colectivo, en nombre del cual se presentan los intereses como “generales”, presenta fronteras nacionales, como nos recuerdan los muros que se erigen para frenar la libre circulación de las personas (mientras capitales, bienes y hasta servicios circulan sin barreras en el mundo “globalizado”). Pero también, se erigen fronteras sociales internas: los intereses de los marginales pueden (y deben) quedar fuera de los intereses “generales”; que, por lo tanto no son generales, ni siquiera en un sentido construido. Como vemos, los intereses “generales” son doblemente particulares, pues son los intereses específicos de una clase particular y, a la vez, buscan englobar solo a una parte (mayoritaria) de la totalidad de la sociedad¹⁹. Este colectivo puede tener diferentes contenidos: puede ser la “nación”, la “sociedad”,

¹⁷ Según Laclau (2003: 52): “la posibilidad misma de dominación dependerá de la capacidad que tenga un limitado actor histórico para presentar su propia emancipación ‘parcial’ como equivalente de la emancipación de la sociedad toda”. “... es una universalidad *contingente* que requiere constitutivamente mediación política y relaciones de representación” (56).

¹⁸ Esta reflexión podemos vincularla con la que formula Laclau cuando analiza que en la desestimación del populismo, se encuentra una desestimación de la política *tout court* y la afirmación de que “la gestión de los asuntos comunitarios corresponde a un poder administrativo cuya fuente de legitimidad es un conocimiento apropiado de lo que es la ‘buena’ comunidad” (Laclau, 2005: 10). Contra esta despolitización es que surge “la razón populista”. Entonces, “la operación política por excelencia va a ser siempre la construcción de un ‘pueblo’”: “una *plebs* que reclame ser el único *populus* legítimo –es decir, una parcialidad que quiera funcionar como la totalidad de la comunidad (‘Todo el poder a los Soviets’, o su equivalente en otros discursos, sería un reclamo estrictamente populista)- (Laclau, 2005: 108). Por eso, para Laclau “no existe ninguna intervención política que no sea hasta cierto punto populista” (2005: 195). Sin embargo, nosotros consideramos que, justamente, la operación política liberal (como paradigma siempre recurrente de la dominación hegemónica burguesa) es la disolución del pueblo como sujeto de la democracia, en favor de colectivos más despolitizados, como “gente” o “nación”, o incluso “consumidores” o “usuarios”.

¹⁹ Es que al Otro se lo intenta incluir, hegemonizar, pero también excluir. Esto genera cierto efecto esquizofrénico no solo en el receptor sino también en el enunciador. Tal vez esto es inherente al juego de la construcción de la hegemonía, pues en caso contrario solo quedaría la aniquilación del Otro cuando se llega al poder. En el otro extremo, un contexto puramente inclusivo tiende a generar una “inflación de las demandas” (tal como se preocupó por señalar Huntington), y en la medida en que el sistema no puede dar respuestas a todas, se tiende a una exclusión por marginalización de



la "humanidad", el "mundo occidental", la "región", la "ciudad", los "ciudadanos", los "hombres de bien", etcétera. Entonces, el propio proceso de presentación de lo particular como universal implica una descripción / construcción de un colectivo. Sería interesante analizar de qué manera, la construcción enunciativa de diferentes tipos de colectivo incidirá sobre las características de las configuraciones hegemónicas.

La identificación y especificación de esta operación "universalizante" sería el primer paso de un estudio de la construcción de una hegemonía intelectual y moral.

El análisis de la (re)construcción del colectivo y sus fronteras es uno de los puntos a analizar en un estudio sobre la elaboración de una nueva hegemonía.

Pero, no sólo se construye un "colectivo", sino que esto necesita ser insertado en una determinada descripción de lo social (e incluso de su relación con lo natural). Una hegemonía se construye sobre una visión del mundo e implica (en grados diferentes, según sea el caso) su reconstrucción. Es por ello que para Gramsci, las relaciones humanas de conocimiento son elementos de "hegemonía" política (CC, 10 II (6), p. 143).

Esta (re)construcción de la visión del mundo, implica en tanto operación hegemónica, una interpelación específica a los sujetos en relación con la situación de la dominación. Al respecto, encontramos muy fructífera la diferenciación analítica de tres modos de la interpelación ideológica que formula Therborn (1991: 15-16). Para este autor, las ideologías someten y cualifican a los sujetos diciéndoles, haciéndoles reconocer y relacionándolos con :

1. *Lo que existe, y su corolario, lo que no existe; es decir, quiénes somos, qué es el mundo y cómo son la naturaleza, la sociedad, los hombres y las mujeres. Adquirimos de esta forma un sentido de identidad y nos hacemos conscientes de lo que es verdadero y cierto; con ello la visibilidad del mundo queda estructurada mediante la distribución de claros, sombras y oscuridades.*

2. *Lo que es bueno, correcto, justo, hermoso, atractivo, agradable, y todos sus contrarios. De esta forma se estructuran y normalizan nuestros deseos.*

3. *Lo que es posible e imposible; con ello se modelan nuestro sentido de la mutabilidad de nuestro ser-en-el-mundo y las consecuencias del cambio, y se configuran nuestras esperanzas, ambiciones y temores."*

Pueden pensarse como tres líneas sucesivas de defensa de un orden determinado, de trincheras en la defensa de la dominación. Consideramos que debería prestarse especial atención al primer modo de interpelación. Habitualmente, los científicos sociales tendemos a pensar que "nuestro mundo" (el mundo tal como lo percibimos) es idéntico al mundo del resto de los mortales. Consideramos que algunos "datos básicos", algunas creencias fácticas que nos parecen muy simples, tienen que ser compartidas por todos; pero esto no es así. Todos nosotros sólo percibimos parte de la realidad y la conceptualizamos de determinado modo. Así como algunos científicos pueden no registrar lo que acontece a su alrededor más inmediato, mucha gente común no se entera de fenómenos que incluso tienen fuerte repercusión en los medios de comunicación, pues sólo atienden o escuchan determinados programas o cuestiones. De modo que viven en "realidades" diferentes y no se enteran de "hechos básicos" relativos a la dominación.

algunas demandas (irracionales, imposibles, "utópicas"). De este modo sectores sociales enteros son "excluidos por indiferencia". En términos de Fontes (2005: 45), "no se trata, en absoluto, de la admisión de diferencias y de una coexistencia pacífica, sino de un *profundo desprecio por sus condiciones de existencia*". Que en modo latente, siempre tiene la posibilidad de tornarse "exclusión por exterminio" (Fontes, 2005: 45). En un punto, la exclusión del otro lleva a una lógica de la equivalencia, y este proceso no solo deshumaniza en el discurso al otro, sino que implica una práctica de deshumanización del propio dominador. La identificación del otro como el "enemigo eliminable" en la dictadura argentina, también implicó la "bestialización" de los dominadores.



Por último otro elemento clave de la ideología en la construcción de la hegemonía (aunque no esté siempre presente) es un procedimiento de “deslizamiento”. No es una simple visión falsa, en tanto *opuesta* a una descripción más precisa de lo real, sino que es una visión *desplazada* de su eje central²⁰. Por ejemplo, casi todos los racistas niegan que son racistas, y se presentan como “nacionalistas”²¹. Entonces, la base del encubrimiento es un correrse de lugar, interpelar la construcción de sujetos desplazados del lugar del antagonismo social. Este deslizamiento permite eludir la enunciación del antagonismo. De allí, como veremos, la posibilidad de imbricar algunas “demandas” de las clases subalternas.

Nuevamente se nos especifican cuestiones a ser investigadas en un análisis de la hegemonía: cómo la ideología dominante describe lo que es, lo que es bueno y lo que es posible. Y, por oposición, analizar cómo opera sobre estas mismas cuestiones la contra-hegemonía. Otra cuestión a investigar, las operaciones de deslizamiento en las descripciones e incluso la construcción de proyectos sociales.

La redefinición de los sujetos

La (re)elaboración de la visión de lo social supone una construcción del sujeto dominante y de los sujetos dominados²². En este sentido, la ideología los “interpela”. Y ésta es una operación que siempre es de re-interpelación de los sujetos; como lo aclaró Althusser no existen individuos pre-ideológicos, sino que hay sujetos, libres/sujetados (1970: 147-148 y 152)²³. La ideología construye una visión del grupo, a través de un *proceso*, por lo cual el término *identificación* probablemente sería más satisfactorio que el término más estático de “identidad” (Van Dijk, 1999: 156; ver también el análisis crítico de Hall, 2003). Y esta toma de conciencia se produce dentro de una “lucha de hegemonías políticas”. Así lo afirma Gramsci: “La comprensión crítica de sí mismos se produce pues a través de una lucha de ‘hegemonías’ políticas, de direcciones contrastantes, primero en el campo de la ética, luego de la política, para llegar a una elaboración superior de la propia concepción de lo real” (CC, 11 (12), p. 253).

Pero, una excesiva visión de la ideología como centralmente dirigida hacia el propio grupo, impide apreciar el proceso ideológico de interpelación hacia el resto de los grupos sociales e, incluso, de la complejidad que el planteo universalista tiene, en tanto transformadora de la construcción de la identidad del propio grupo. La identidad del grupo debe ser reformulada en la medida en que ésta juegue un papel dentro de un proyecto nacional, que pase del corporativismo al planteo hegemónico. Tanto el “clasismo obrerista” como el “elitismo oligárquico” no pueden permanecer como tales, a partir del momento en que la clase obrera, o determinada fracción burguesa buscan presentarse como conductores de la nación.

Podría estudiarse cómo son nombrados por el discurso dominante los sujetos subalternos, cómo se autodenominan en sus propios discursos públicos, y, por último, cómo se piensan cada uno en sus instancias más subjetivas.

²⁰ En un sentido similar, Althusser afirmaba que “toda ideología, en su formación necesariamente imaginaria no representa las relaciones de producción existentes (y las otras relaciones que de allí se derivan) sino ante todo la relación (imaginada) de los individuos con las relaciones de producción y las relaciones que de ella resultan” (Althusser, 1970: 140-141).

²¹ Según afirma Van Dijk (1999: 131), aunque él no conceptualiza este ejemplo como estrategia de deslizamiento, sino como una forma de lograr una autorepresentación positiva de creencias difíciles de justificar socialmente.

²² Es por ello que la “guerra de posiciones” de Gramsci, no es equivalente a la “guerra de desgaste” de Kautsky (como lo plantea equivocadamente Anderson, 1978: 100-105). “En realidad, los dos conceptos son profundamente diferentes. La guerra de posición presupone el concepto de ‘hegemonía’ que, como veremos, es incompatible con la idea de un desarrollo lineal y predeterminado y, sobre todo, con el carácter preconstituido de los sujetos kautskianos.” (Laclau y Mouffe, 1987: 28).

²³ Therborn (1991: 64) afirma que “la lucha ideológica no se libra sólo entre visiones rivales del mundo. Es también una lucha por la afirmación de una determinada subjetividad”. De modo similar, Berger y Luckmann sostienen que “la identidad se legitima definitivamente situándola dentro del contexto de un universo simbólico” (1968: 130).



Este proceso de interpelación ideológica tiene dos caras, una positiva y otra negativa. “Las ideologías no sólo someten a la gente a un orden dado. También la capacitan para una acción social conciente, incluso para las acciones orientadas a un cambio gradual o revolucionario” (Therborn, 1991: 14). En tanto negativa, la interpelación ideológica es la base del antagonismo, pues siempre genera una incompletud en la medida en que para la resolución de los intereses de la clase dominante hay una no realización de las potencialidades de los integrantes de las clases dominadas²⁴. De este modo, las clases subalternas no logran tener una conformación plena²⁵. Este fenómeno de la incompletud se visualiza muy bien con el machismo y su efecto sobre la subjetividad femenina.

La internalización de las demandas

Para Laclau y Mouffe, la hegemonía se construye a través de la absorción diferencial de las demandas (1987: 151). Cabe aclarar que las demandas no son internalizadas en el sistema tal como son formuladas por los grupos dominados, como tampoco se incorpora a la ideología dominante la autorepresentación que formulan tales grupos. Aplicando los tres modos de interpelación que propusiera Therborn, podemos plantear la hipótesis de que las demandas, antes de ser internalizadas, son sometidas a tres procesos:

1. negación
2. desvalorización (en el sentido de un cambio de valencia)
3. utopización (en su sentido negativo, de irrealizables)

Recién después de ser aplicados estos procedimientos, lo que queda de estas “demandas” es parcialmente considerado e incluido dentro de la formación hegemónica. Más aún, podemos decir que este procedimiento es el núcleo de una “revolución pasiva”. Una revolución pasiva sería un proceso de transformación “desde lo alto”, en el que se recupera una parte de las demandas “de abajo”, pero quitándoles toda iniciativa política autónoma²⁶.

La revolución pasiva podría ser un elemento ineludible en la construcción de una hegemonía intelectual y moral. Se toman las demandas y se las recupera en forma parcial y “desde arriba”, lo cual genera consenso, sin dar poder político. Aunque no debe reducirse a la idea de que las demandas son realizadas “desde arriba”, sino que tiene que incluir la cuestión de que las mismas son profundamente re-conceptualizadas, y recién luego incluidas. Este proceso presenta distintos grados según la correlación de fuerzas. Sectores subalternos más organizados y con mayor capacidad de formular autónomamente sus demandas, necesitan para ser hegemónizados de una “revolución pasiva” que las contemple de un modo más genuino, esto es, sin tantas

²⁴ Ver las reflexiones sobre esta cuestión producidas por Laclau y Mouffe (1987: 145).

²⁵ Según Gruppi (1980: 91), para Gramsci, una cultura es subalterna precisamente en tanto carece de conciencia de clase. Su cultura es heterogénea, pues en ella conviven las influencias de la clase dominante, residuos culturales de civilizaciones precedentes, junto con sugerencias provenientes de la condición de clase oprimida.

²⁶ Cabe aclarar que no acuerdo con la idea de Coutinho (1999: 66) en el sentido de que existe una evidente convergencia, entre los conceptos gramscianos de “revolución pasiva”, “revolución restauración”, etc. y el concepto leninista de “vía prusiana” (y que la diferencia sería más bien de énfasis, Lenin acentúa los aspectos económicos de la “modernización conservadora” y Gramsci se concentra en los aspectos políticos, superestructurales). Me parece que la “vía prusiana” es una de las formas de desarrollo del capitalismo que, más que incorporar demandas de las clases subalternas, las ignora casi por absoluto (de hecho contiene una concepción muy limitada de democracia y el mantenimiento de formas de trabajo no-libres). En cambio, la “revolución pasiva”, justamente busca integrar estas demandas. Tan solo una “vía prusiana” con una preocupación de neutralización de las masas obreras sindicalizadas a través de un incipiente estado de bienestar, puede que sea considerada como una tibia “revolución pasiva”, pero solo direccionada hacia estos sectores.



reformulaciones-negaciones²⁷. En cambio, en los casos en que los sectores subalternos cuenten con una menor capacidad para formular y luchar por sus demandas concretas, puede alcanzar para hegemonizarlos con una integración simbólica (sin otorgar concesiones materiales). Lo cual, algunas veces, no deja de ser un salto cualitativo frente a situaciones previas en las que estos sectores eran completamente excluidos y tenían negado todo reconocimiento social (pudiéndose abrir, entonces, la posibilidad de su constitución como sujetos sociales legítimos)²⁸. Sin embargo, esto no debería oscurecer la existencia de distintas intensidades en los procesos de “revoluciones pasivas” que en su límite mínimo de reconocimiento de las “demandas”, dejaría de ser una “revolución pasiva”.

Otra cuestión a analizarse serán, entonces, cómo se reprocessan las “demandas” e internalizan parcialmente, prestando atención a las tres operaciones mencionadas (negación, desvalorización y utopización).

Para llevar adelante este proceso de revolución pasiva debe reformularse la subjetividad, en tanto debe negarse su capacidad de autodefinición de las demandas, de autovalorización de las mismas y de avanzar en organizaciones propias que tiendan a su realización. Es por ello que en la disputa hegemónica son cuestiones centrales: el control del discurso público, de los aparatos ideológicos y de las instancias de auto-organización de los grupos, pero también de acceso (relativamente) autónomo a espacios estatales desde donde podría avanzarse en la concreción de las demandas.

Estas son cuestiones que dan base subjetiva y objetiva a las distintas autovaloraciones de la capacidad de incidencia sobre la realidad social. Para avanzar sobre este tema hemos reformulado levemente la conceptualización formulada por Therborn

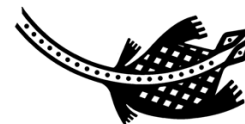
2.4. Los tipos de aceptación de la dominación

Therborn agrega a la dimensión que engloba a sus tres modos de interpelación, una segunda dimensión que se centra en la respuesta a la pregunta “¿Existe una alternativa posible mejor al régimen actual?” (Therborn, 1991: 74-75). Sin embargo, así descrita, esta dimensión presenta cierto solapamiento con el tercer modo de interpelación (que, recordemos, hacía referencia a “lo que es posible e imposible”). Consideramos que no modificamos demasiado su sentido original y solucionamos este solapamiento, si redefinimos esta segunda dimensión orientándola a un sentido más autoevaluatorio, como la respuesta a la pregunta ¿Cuál es mi/nuestra capacidad para transformar la realidad social?.

Recordemos que para Gramsci resulta central la formación crítica y de intervención activa y conciente en el proceso histórico. Y que esta actitud no es el resultado de una reflexión pura y exclusivamente personal, sino el resultado de un proceso social (Gruppi, 1980: 67). En Gramsci encontramos una fuerte revalorización de la toma de conciencia de la capacidad de incidencia sobre la realidad social, para lo cual emplea el término *catarsis*. “Se puede emplear el término de ‘catarsis’ para indicar el paso del momento meramente económico (o egoísta-pasional) al momento ético-político, o sea la elaboración superior de la estructura en superestructura en la conciencia de los hombres. Esto significa también el paso de lo ‘objetivo a lo subjetivo’ y de la ‘necesidad a la libertad’.” (CC, 10 II (6), p. 142). Según Coutinho (1999: 92), toda forma de *praxis*, incluso aquella no vinculada directamente con el plano político, implica para Gramsci la potencialidad de un “momento catártico”: la potencialidad de un pasaje de la esfera de la manipulación inmediata (de

²⁷ Tal vez el caso más típico fue el del primer peronismo (y de allí su diferencia principal con el varguismo), o el de la socialdemocracia europea posterior a la segunda guerra mundial.

²⁸ Esta reflexión creemos que es particularmente importante en contextos como los actuales en los cuales sectores sociales enteros son “excluidos por indiferencia”, tal como lo conceptualiza Fontes: “no se trata, en absoluto, de la admisión de diferencias y de una coexistencia pacífica, sino de un profundo desprecio por sus condiciones de existencia” (Fontes, 2005: 45).



la recepción pasiva del mundo) a la esfera de la totalidad (de la modificación de lo real). Sobre este tema vuelve Coutinho en un artículo dedicado específicamente al concepto de política en los *Cuadernos* (Coutinho, 2003), donde agrega que la *catarsis* implica el momento de pasaje del determinismo económico a la libertad política (aunque no opera en el vacío). Y sostiene que este concepto resulta clave para entender a Gramsci no como un “político”, sino como un “crítico de la política” (Coutinho, 2003: 72). En un sentido similar Semerato afirma que “para Gramsci la política no es un instrumento de dominación o una organización puramente técnico-administrativa, sino que es una praxis constitutiva de sujetos que se educan para socializar y dirigir el mundo”. Y, por lo tanto, “está dada a todos la posibilidad concreta de convertirse en autodirigentes, de ser sujetos políticos capaces de conducir en conjunto una democracia (CC, 2 (24))” (Semerato, 2003: 271-272).

Entonces, si toda práctica contra-hegemonica implica una auto-valoración de la capacidad propia para transformar conscientemente la realidad social, por el contrario, la operación ideológica clave de la dominación hegemónica es negar esta capacidad. La hegemonía será plena en la medida en que logre que los sujetos de las clases subalternas piensen que son incapaces de alterar la situación en la que viven. En el caso del capitalismo, la clave parece ubicarse en la difusión de la ideología de mercado, pues ella excluye la economía del terreno de lo políticamente modificable. Los sujetos son hegemónizados porque internalizan la percepción de que ellos no pueden hacer nada frente a la dinámica del mercado²⁹.

Regresando a la inclusión de una segunda dimensión a los modos de interpelación ideológica, si simplificamos las respuestas a la pregunta de la conciencia sobre la propia capacidad de incidir sobre la realidad a dos alternativas (“ninguna” o “alguna”), nos vuelve a quedar el cuadro que construye Therborn con seis celdas, según se combinen estos dos valores con los tres modos de interpelación. Haciendo explícita una gradación (que Therborn no explicitó), podemos listar estas posiciones del sujeto interpelado desde un mayor a un menor grado de dominación.

Modos de interpelación	Evaluación de la capacidad para transformar la realidad social	
	Ninguna	Alguna
Lo que es	(1) Inevitabilidad	(2) Adaptación
Lo que es bueno	(3) Deferencia	(4) Sentido de representación
Lo que es posible	(5) Resignación	(6) Miedo

En primer lugar, tendríamos la situación en la cual los sujetos dominados creen que la realidad es tal cual como la describe la ideología dominante. De este modo, no se ve la dominación. En el caso en que los sujetos, además, consideren que no tienen ninguna capacidad de transformar esta realidad, la dominación sería total. Therborn utiliza para esta celda el término “Inevitabilidad”

²⁹ En este sentido resultan muy interesantes las observaciones de Jameson cuando afirma que “la retórica del mercado ha sido un componente fundamental y central de esta lucha ideológica, una lucha por legitimar o deslegitimar el discurso de la izquierda [...] ‘El mercado está en la naturaleza humana’, tal es la tesis que no debe quedar sin cuestionamiento; en mi opinión [dice Jameson], es el terreno de lucha ideológica más crucial de nuestra época” (Jameson, 2003: 312). Y agrega, “en lo posmoderno es la propia idea de mercado la que es consumida con la más prodigiosa gratificación” (318). “La ideología de mercado nos asegura que los humanos causan desastres cuando intentan controlar sus destinos (‘el socialismo es imposible’) y que somos afortunados al poseer un mecanismo interpersonal (el mercado) que puede sustituir a la *hibris* humana y la planificación, y reemplazar por completo las decisiones humanas” (322-323). Y, agregamos nosotros, que además se presenta como dándonos la posibilidad de “elegir/decidir” nuestros consumos.



y la comenta como la obediencia por ignorancia de cualquier tipo de alternativa³⁰. Aclara que no debe asociársela mecánicamente con una situación premoderna; gran parte de las masas norteamericanas se encontrarían en esta situación.

Dentro de esta misma situación de aceptación de la visión dominante puede ocurrir que, sin embargo, los sujetos sean concientes de que tienen alguna capacidad de incidir sobre la realidad social. Pero no lo hacen, pues no ven la situación de dominación, sino que valoran otras cuestiones de su cotidianidad (como el ocio, el consumo, la familia, el sexo o el deporte). Therborn denomina esta celda como de "Adaptación".

Una situación de dominación diferente ocurre cuando los sujetos sí son concientes de la existencia de la dominación, pero no la juzgan (tan) negativamente. La ideología dominante logra que la valoren positivamente, al menos en terminos comparativos con otras opciones. De hecho, en el caso en que los grupos subalternos no crean en su capacidad de incidencia sobre la realidad, aceptan la dominación porque ellos no podrían convertirse en dirigentes. Esta es la celda de la "Deferencia", en la terminología de Therborn. Los dominadores son concebidos como una casta aparte, poseedora de cualidades superiores que son cualificaciones necesarias para dominar y sólo los dominadores poseen, derivadas de la descendencia y la educación (este tipo de dominación sería más fuerte en Gran Bretaña).

En el caso en que los dominados sí crean en su capacidad de gobierno (y vean que existe dominación), la dominación se articula en base a una valoración positiva de la situación: "se obedece a los dominadores porque se considera que dominan en favor de los dominados, y porque se considera que esta situación es buena". Therborn lo denomina, "Sentido de la representación".

En el tercer modo de interpelación, los dominados no sólo reconocen la existencia de una situación de dominación (y su posición de dominados), sino también la valoran negativamente. En este caso quedan dos posibilidades por las cuales se mantiene la situación de dominación.

En el caso en que los dominados no tengan confianza en su capacidad de intervención, nos encontramos con una situación de "Resignación". Los propios dominados tienen una fuerte desconfianza en el resultado final de una intervención dirigida por ellos. Involucra una visión pesimista de las posibilidades de cambio. En palabras de Therborn, surge, entonces, una forma de obediencia "que deriva de las concepciones de la imposibilidad práctica de una alternativa mejor, más que de la fuerza represiva de los poderes existentes. Esta resignación puede provenir de la recepción y aceptación de afirmaciones tales como que todo poder, incluido el alternativo, corrompe; que las fuerzas que están a favor del cambio son demasiado escasas, se encuentran divididas y son incompetentes y poco fiables; que una sociedad alternativa sería incapaz de mantenerse democrática, económica o militarmente. La mayoría de los muchos ex socialistas y ex comunistas son un ejemplo del funcionamiento de la resignación" (Therborn, 1991: 77-78).

Por último, si los sectores dominados sí creen en su capacidad de modificar positivamente la realidad, para mantener la dominación solo queda el recurso del "Miedo". Es la dominación por la fuerza o más bien por el recurso a la fuerza y a su amenaza. De hecho, la fuerza nunca puede dominar por sí sola. Sino que "la fuerza y la violencia sólo funcionan como una forma de dominación a través del mecanismo ideológico del miedo. Lo contrario, sin embargo, no es cierto: el miedo sólo funciona cuando se ve apoyado por la fuerza y la violencia." (Therborn, 1991: 78)³¹. En este caso, es claro que la dominación ya no sería de tipo hegemónica.

³⁰ Decimos, la "celda" de Therborn, pues su conceptualización no es exactamente igual a la nuestra, ya que hemos cambiado el significado de la segunda dimensión.

³¹ De hecho, también queda la opción de la "muerte", pero en ese caso ya no sería un "dominado". Pues, tal como duramente nos recuerda Therborn, "solo se puede dominar a los vivos". Entonces, si nos encontramos en esta situación (la de "miedo") es que se acepta la situación de dominación por temor: ante una feroz represión, se opta por la vida, en vez de la resistencia y la muerte.



En síntesis, la dominación hegemónica implica el trabajo sobre tres planos que pueden ser considerados como “trincheras” sucesivas a ser defendidas. Pero a estas trincheras se agrega luego la propia “actitud” del sujeto interpelado. Más pasiva y derrotista, o más activa y revolucionaria. Con obvios gradientes entre tales extremos.

Todo esto ofrece indicaciones claras de qué analizar. Habría que investigar cómo conceptualizan el mundo social los dominados. En primer lugar, habría que conocer qué ven de la realidad social, y más específicamente si ven la existencia de situaciones de dominación. En segundo lugar, para los casos en que si reconocen la dominación, analizar cómo la evalúan, y luego, si consideran que existen alternativas que los liberen. Por último, sería importante conocer cuáles son sus creencias acerca de su propia capacidad para transformar la realidad social.

El problema es que, con este programa, ya no alcanza con el análisis de la “oferta” ideológica, ni tampoco con el estudio de los aparatos ideológicos, sino que implica la investigación de la subjetividad de los agentes. Es decir, pasar al estudio de las “mentes”.

2.5. De los aparatos ideológicos a las mentes

Para conocer el nivel de internalización de la ideología no alcanza con detectar el control sobre los aparatos y/o el monopolio del discurso público. Hay que analizar qué operaciones discursivas son realizadas desde esos lugares e indagar la manera en que son internalizadas en las mentes.

Para ello contamos con el valioso aporte de Van Dijk (1999), uno de los pocos trabajos que intenta articular los conocimientos de psicología cognitiva, análisis del discurso y los procesos ideológicos. Este autor propone distinguir en la dinámica de procesamiento de información, dos tipos de modelos. Cuando un discurso es escuchado (o leído) el receptor analiza si las expresiones se ajustan a sus creencias personales o sociales. Si así ocurre, entonces la opinión puede ser provisionalmente adoptada y asociada con el acontecimiento en el modelo de acontecimiento (que describe la realidad y se archiva en la memoria episódica). Si, en cambio, la evaluación es negativa, la opinión puede simplemente atribuirse al hablante/escribiente y almacenarse en el modelo de contexto (que actúa como interfase entre los modelos de acontecimiento y el discurso). Estas evaluaciones no se basan en criterios metodológicos propios de la actividad científica, sino que un factor clave es el de credibilidad. Entonces, las interpretaciones subjetivas del contexto (los modelos de contexto) proveen los recursos utilizados en la aplicación de la evaluación epistémica de los discursos en la construcción de los modelos de acontecimiento. Es por esto que el control sobre el discurso público y los aparatos ideológicos operan buscando transformar los modelos de contexto que poseen los receptores. Lograr estos cambios resulta más importante que el propio contenido del discurso. Pues una vez logrado, las creencias enunciadas por los dominadores podrían pasar como “hechos” a las mentes de los dominados³².

De modo que en las disputas hegemónicas el primer combate se libra por la legitimación o deslegitimación, no tanto de los discursos, sino de los enunciadores. En algunos casos se emplea el recurso de borrar la presencia de marcadores de subjetividad y en otros solapar las voces de los “opinadores” con la de los “informadores”³³.

³² “La comunicación ideológica puede ser más efectiva cuando los receptores no esperan, o casi no esperan, implicancias ideológicas, por ejemplo, en historias para niños, libros de texto o noticias en la televisión, cuyas funciones principales habitualmente se consideran como desprovistas de opiniones persuasivas. Para el caso de las noticias, en la mayor parte de los medios occidentales, uno de los más importantes criterios (ideológicos) es que los ‘hechos’ deberían separarse de las ‘opiniones’. No necesita comentario que cuando se efectúan esas afirmaciones, esto es, cuando se niega la ideología, es especialmente relevante hacer un análisis ideológico.” (Van Dijk, 1999: 331).

³³ En un sentido similar, Phillips (1998: 861) halla, en sus reportajes a militantes conservadores británicos, que “la ausencia de marcadores de subjetividad como son *yo pienso*, apuntan a un status objetivo de la proposición, y el uso de *tu* como pronombre en vez de *yo* apunta a un status general de verdad, más que a la aplicabilidad solo a la situación del enunciador”. También encuentro que “en los medios de comunicación, las palabras claves y frases formulísticas [que



Entonces, podemos diferenciar dos niveles discursivos en la disputa ideológica. Un primer nivel involucra el contenido específico de los discursos y que, justamente, se podría analizar estudiando los enunciados. Este tipo de estudio, a su vez, serviría como indicador de la efectividad final de todo el proceso de interpelación ideológica. Consideramos un buen punto de partida algunos de los lineamientos teórico-metodológicos contenidos en Foucault (1970). También sería posible aplicar la propuesta de Phillips (1998) de observar cómo las palabras claves y las frases formulísticas son reproducidas repetidamente a través de los textos en iguales o similares posiciones textuales, de modo que ellas terminan teniendo una connotación precisa dentro de un discurso específico.

Habría que analizar de qué modo los enunciados propios de los intereses corporativos de la clase dominante son trabajados, redefinidos y rearticulados en una formación discursiva de tipo universalizante, que se proponga como hegemónica. Por otro lado, habría que estudiar la forma en que los enunciados de las clases subalternas son transformados, redefinidos e incorporados en la formación discursiva dominante. Luego, sería interesante explorar todo el juego interdiscursivo entre formaciones discursivas, la dominante y las que se le oponen, viendo hasta qué punto los discursos individuales y los discursos de los aparatos ideológicos más propios de las clases subalternas se hallan “penetrados” por los enunciados de la formación discursiva dominante. Al respecto, Phillips afirma que resulta importante analizar la “interdiscursividad: el rango de estabilidad/flujo en los discursos. El foco se coloca en el rango de los modos y las formas en los cuales los discursos son reproducidos en los textos, transformados para producir un discurso híbrido o resistidos por parte de discursos opositores” (Phillips, 1998: 857). Pues, en la medida en que consigue ser *naturalizado* es aceptado como sentido común, y entonces se utilizan su retórica de modo irreflexivo (855). Otra variante del análisis de las relaciones interdiscursivas la encontramos en Sigal y Veron (1986).

Un segundo nivel discursivo son las operaciones que se especializan en modificar los modelos de contexto que los receptores ponen en juego en el momento de la interacción discursiva. Según sistematización propuesta por Van Dijk (1999), estas operaciones trabajan sobre los tópicos (estableciendo lo que es importante) y sobre los contenidos, enfatizando la información positiva sobre Nosotros (y la negativa sobre Ellos), al tiempo que suprimiendo la información positiva sobre Ellos (y la negativa sobre Nosotros); distorsionan la coherencia discursiva a favor del objetivo ideológico buscado; emplean determinados esquemas narrativos y estilos; y trabajan con la retórica, para, por ejemplo, enfatizar una opinión negativa específica con una metáfora pegadiza de un dominio conceptual negativo (Van Dijk, 1999: 332-341).

Una indicación metodológica que se desprende de esta conceptualización es, justamente, buscar e identificar estas estrategias discursivas en la producción de los aparatos difusores de ideología.

Ahora bien, con el análisis de los discursos, aun cuando prestemos atención a estas operaciones, no logramos conocer su grado de eficacia. *El problema metodológico es que si bien el análisis de los discursos y las estrategias discursivas resulta clave para entender las operaciones tendientes a la construcción de la hegemonía, no alcanzan para dar cuenta de su eficacia, es decir para ver si se ha construido efectivamente la hegemonía en el plano estrictamente mental.*

En el caso de los estudios sobre la actualidad, la utilización de técnicas de entrevistas estructuradas, semi-estructuradas o completamente abiertas, brindan la posibilidad de abordar el análisis de qué piensan los sujetos sobre la dominación. Es cierto que siempre tendremos sólo discursos sobre lo que piensan, o más precisamente sobre lo que quieren que sepamos sobre lo que piensan. Pero las técnicas de entrevistas pueden refinarse hasta lograr que la distancia entre discursos y pensamientos sea la menor posible. En todo caso, siempre estaremos más cerca de los pensamientos de la gente que si sólo nos atenemos a analizar los aparatos

cuya difusión por el Thatcherismo ella analiza] eran empleadas no solo en *reporter speech* que está claramente marcado sino también en informes con la voz del reportero y en *reported speech* en el que se mezclaban las voces del reportero y del entrevistado” (Phillips, 1998: 865).



ideológicos. En historiografía este tipo de recursos es más limitado y mediado (historia oral). Nos quedan, sin embargo, analizar los discursos privados y públicos, y ver el juego discursivo entre todos los discursos.

De todos modos, finalmente tendremos que analizar qué dicen o qué escribieron. No sólo el contenido enunciativo de cada discurso en particular, sino que podremos corroborar hasta qué punto un discurso logró penetrar en las enunciaciones de otros sujetos (la inter-discursividad).

3. Una hegemonía construida como la "transformación de los modos de vida" de las clases dominadas

Resulta casi imposible pensar en una hegemonía intelectual y moral que se construya a contramano de las influencias de las formas de vida predominantes. Con este argumento por el contrario, queremos subrayar que toda hegemonía tiene que tener bases vivenciales en las que anclarse. En este sentido, encontramos una tercera lógica en la construcción de la hegemonía, aquella que se basa en determinadas formas de vida. La dinámica social (sólo parcialmente controlada por la clase dominante) puede transformar las condiciones de vida de las clases subalternas. Según la tradicional idea marxista, estos cambios en los modos de vivir, tienen claros efectos sobre los modos de pensar. Y, luego, existe la posibilidad de que estos cambios en los modos de pensar tengan un sentido favorable a la hegemonía de la clase dominante. Esta sería, entonces, una forma posible de consolidación de una hegemonía a partir de un cambio en los modos de vida, y no en base a una operación ideológica.

En el cuaderno dedicado a *Americanismo y Fordismo*, Gramsci avanza sobre este tipo de hegemonía: "[En los Estados Unidos] A partir de la existencia de estas condiciones preliminares [sin "tradiciones históricas y culturales" que agregasen amplias capas ociosas], ya racionalizadas por el desarrollo histórico, fue relativamente fácil racionalizar la producción y el trabajo, combinando hábilmente la fuerza (destrucción del sindicalismo obrero de base territorial) con la persuasión (altos salarios, diversos beneficios sociales, propaganda ideológica y política muy hábil); se logró así hacer girar toda la vida del país alrededor de la producción. **La hegemonía nace de la fábrica y para ejercerse sólo tiene necesidad de una mínima cantidad de intermediarios profesionales de la política y de la ideología**" (*Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*: 291).

"En EE.UU., la racionalización ha determinado **la necesidad de elaborar un nuevo tipo humano**, conforme al nuevo tipo de trabajo y de proceso productivo: hasta ahora esa elaboración está sólo en la fase inicial y por ello es (aparentemente) idílica" (*Notas sobre Maquiavelo*...: 292). "... los nuevos métodos de trabajo están indisolublemente ligados a un determinado modo de vivir, de pensar y de sentir la vida; no se pueden obtener éxitos en un campo sin obtener resultados tangibles en el otro. En EE.UU., la racionalización del trabajo y el prohibicionismo [del alcohol] están indudablemente ligados: las encuestas de los industriales sobre la vida íntima de los obreros, los servicios de inspecciones creados en algunas empresas para controlar la 'moralidad' de los obreros, son necesidades del nuevo método de trabajo. Reirse de estas iniciativas (aunque hayan fracasado) y ver en ellas sólo una manifestación hipócrita de 'puritanismo', es negarse a comprender la importancia, el significado y el *alcance objetivo* del fenómeno norteamericano, que es también **el mayor esfuerzo colectivo verificado hasta ahora para crear, con rapidez inaudita y con una conciencia de los fines jamás vista en la historia, un tipo nuevo de trabajador y de hombre**" (*Notas sobre Maquiavelo*...: 306).

Consideramos que son necesarias dos aclaraciones. En primer lugar, este sentido favorable a la dominación hegemónica no está funcionalmente asegurado. En modo alguno es necesario y, de hecho, podría acontecer en el sentido opuesto. Así lo observaba Marx en relación al capitalismo del siglo XIX que favorecía, por las transformaciones operadas en las formas de producción, el crecimiento del socialismo revolucionario. En todo caso también es factible pensar que su sentido



si sea favorable a la dominación hegemónica, como, por ejemplo con los bajos niveles de congregación física de los trabajadores en buena parte de la economía capitalista actual³⁴.

En segundo lugar, los cambios en las condiciones de vida inciden sobre la consolidación (o no) de la hegemonía, sólo de un modo relativamente independiente de la lucha ideológica. Decimos “independiente” pues estas transformaciones ocurren según una dinámica parcialmente ajena a las intencionalidades de la lucha ideológica³⁵. Además, decimos “relativamente” independiente, pues la significación de estos cambios, la forma en que son vividos está influenciada por la ideología.

Un ejemplo contemporáneo muestra cómo la masificación de prácticas de consumo “moderno” otorgan nuevas formas de vivenciar la cotidianidad y de construir la subjetividad. Según García Canclini asistimos al “pasaje del ciudadano como representante de una opinión pública al ciudadano como consumidor interesado en disfrutar de una cierta calidad de vida. Una de las manifestaciones de este cambio es que las formas argumentativas y críticas de la participación ceden su lugar al goce de espectáculos en los medios electrónicos, en los cuales la narración o simple acumulación de anécdotas prevalece sobre el razonamiento de los problemas, y la exhibición fugaz de los acontecimientos sobre su tratamiento estructural y prolongado” (García Canclini, 1995: 24-25). En otro trabajo, hemos analizado cómo en la Argentina de los años noventa, se generó una práctica consumista que brindó una base muy sólida a la hegemonía neo-liberal. Por un lado, porque permitía incorporar a una base social mucho más amplia que la de la clase media-alta (realmente beneficiada por el modelo neoliberal). Por otro lado, porque era una base posiblemente más profunda que una hegemonía fundada sólo en ideas, al articularse a través de su diseminación en las prácticas cotidianas (Balsa, De Martinelli y Erbetta, 2004)³⁶.

Para las nuevas generaciones, estas transformaciones en los modos de vida, al estar incluidas en los procesos de socialización primaria, tienen efectos muy sólidos en la construcción de una visión del mundo. Estas prácticas son pre-ideológicas (en su sentido restringido, intelectual) debido a la edad en que ocurren y por no transmitirse como una visión posible, sino como una descripción sobre cómo es el mundo e incluso más allá, como una simple “vivencia” (no discursiva). Entonces, la hegemonía también se construye sobre prácticas individuales que, al estar constreñidas por las condiciones estructurales de la dominación social, tienen un efecto reproductor de la hegemonía en tanto limitador de los horizontes de vivencias posibles y/o anhelables³⁷. Excepto que una ideología contestataria permita significar estos límites como puntos de partida para una crítica social utópica.

Así, por ejemplo, la “naturalización” de la división de la educación en clases sociales, con escuelas públicas para pobres, escuelas privadas para la clase media y escuelas “high” para la clase alta y media-bien alta, se va incorporando como algo “natural” en las nuevas generaciones. La presencia de algunos discursos (bien pocos) que recuerdan “aquella escuela integradora

³⁴ Con esto no queremos entrar en el debate acerca del “fin del proletariado”, y menos aún pensar que necesariamente las nuevas posiciones en el mercado de trabajo de las clases subalternas sean todas funcionales a la hegemonía burguesa. Podríamos decir, incluso, que los desocupados y los campesinos no integrados tienden a ser mucho más combativos y anti-capitalistas que la gran mayoría de los obreros industriales. E incluso que las capacidades de internalizar sus demandas y articularlas en una formación hegemónica burguesa son bastante más difíciles.

³⁵ Aunque, a veces, la planificación ha sido bien clara, como por ejemplo, las políticas anti-industrialistas llevadas adelante durante la última dictadura militar en Argentina, que perseguían de un modo bastante conciente el objetivo de destruir las bases de sustentación del populismo argentino (Villarreal, 1985).

³⁶ Otro ejemplo, sobre el mismo período: si el consumo se mercantiliza casi por completo (incluso la preparación de las comidas va quedando cada vez más en manos del mercado), esto debe tener fuertes impactos sobre cómo es pensada la familia. A su vez, la “racionalidad económica” brinda elementos ideológicos para “pensar” la familia en términos cada vez más contractuales. Y, finalmente, los aparatos jurídicos introducen nuevas normas acordes a esta nueva “realidad”.

³⁷ Van Dijk (1999: 118) señala que las ideologías son, por lo general, adquiridas gradualmente en base a un gran número de experiencias personales y discursos, y en consecuencia tienen sus “raíces empíricas” en modelos personales.



socialmente" y de otros discursos que critican la fragmentación educativa actual, no llegan a contrarrestar la vivencia concreta de las nuevas generaciones, que internalizan esta fragmentación como "natural" e incluso la refuerzan por ciertos procesos de autovaloración de las experiencias biográficas. Y cuando esto ocurre se constituye una hegemonía en torno al modelo educativo muy difícil de transformar.

En un intento analítico, hemos diferenciado tres lógicas en la construcción de la hegemonía que, como decíamos, no funcionan de modo independiente, sino articuladas. En cada coyuntura histórica podrían discriminarse distintos grados de significación de cada una de estas lógicas. De este modo, el análisis de la dominación hegemónica se podría enriquecer con una tipología de la hegemonía a partir de las lógicas con que se construye.

A lo largo del trabajo también hemos esbozado algunos lineamientos metodológicos que esperamos puedan servir para el diseño de la operacionalización del concepto de hegemonía. Sin embargo, somos conscientes de que esta labor requiere de estudios específicos que aporten mayores elementos a esta empresa.

Bibliografía

- ALTHUSSER, Louis: **Ideología y aparatos ideológicos del Estado. Freud y Lacan.** Buenos Aires, Nueva Visión, (1970). Las citas corresponden a la edición contenida en Zizek (2003).
- ANDERSON, Perry (1978). **Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y Revolución en Occidente.** Barcelona, Editorial Fontamara.
- BALSA, Javier (en prensa): "Notas para una definición de la hegemonía", **Nuevo Topo**, 3.
- BALSA, J.; de MARTINELLI, G.; ERBETTA, C.: "Modelos de consumo y construcción de la hegemonía en la Argentina reciente", ponencia publicada en las Actas (CD-Rom) de las **XIX Jornadas de Historia Económica**, San Martín de los Andes, (2004).
- BERGER, Peter; Luckmann, T.: **La construcción social de la realidad.** Buenos Aires, Amorrortu, (1968).
- BOURDIEU, Pierre: **Campo del poder y campo intelectual.** Buenos Aires, Folios Ediciones, (1983).
- COUTINHO, Carlos Nelson: **Gramsci. Um estudo sobre seu pensamento político.** Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, (1999).
- COUTINHO, Carlos Nelson: "O conceito de política nos Cadernos do cárcere", en Coutinho y de Paula Teixeira, comp. (2003), **Ler Gramsci, entender a realidade.** Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, (2003).
- EAGLETON, Terry: **Ideología.** Una introducción. Barcelona, Paidós, (1997).
- ENGELS, Federico: "Carta a Marx del 7 de octubre de 1858", reproducida en Marx y Engels, **Correspondencia.** Buenos Aires, Editorial Cartago, 1973, (1858).
- ENGELS, Federico: "Prólogo a la segunda edición" de C. Marx, **La situación de la clase obrera en Inglaterra.** Buenos Aires, Anteo, 1985, (1892).
- FONTES, Virginia: **Reflexões Im-pertinentes.** Rio de Janeiro, Bom Texto, (2005).
- FOUCAULT, Michel: **La arqueología del saber.** México, Siglo XXI, (1970).
- GARCÍA CANCLINI, Néstor: **Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización.** México, Grijalbo, (1995).
- GRAMSCI, Antonio. **Cuadernos de la Cárcel.** México, Editorial Era, 1987.
- GRAMSCI, Antonio. **Quaderni del Carcere.** Torino, Einaudi Editore, 1975.
- GRAMSCI, Antonio. **Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno.** Buenos Aires, Nueva Visión, 1984.
- GRUPPI, A.: **O Conceito de hegemonia em Gramsci.** Rio de Janeiro, Graal, (1980).



- HALL, Stuart: "Introducción: ¿quién necesita 'identidad'?", en S. Hall y P. du Gay (comps.), **Cuestiones de identidad cultural**, Buenos Aires, Amorrortu, (2003).
- JAMESON, Fredric: "La posmodernidad y el mercado", en Zizek (2003), (2003).
- KEBIR, Sabine: "'Revolução-restauração' e 'revolução passiva': conceitos de história universal", en Coutinho y de Paula Teixeira (2003), (2003).
- LACLAU, Ernesto: "Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de lógicas políticas", en J. Butler, E. Laclau y S. Zizek, **Contingencia, hegemonía, universalidad**. Diálogos contemporáneos en la izquierda. Buenos Aires, FCE, (2003).
- LACLAU, Ernesto: **La razón populista**. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, (2005).
- LACLAU, E.; MOUFFE, C.: **Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia**. España, Siglo XXI editores, (1987).
- Lenin, V. I.: **El imperialismo, etapa superior del capitalismo**. Buenos Aires, Editorial Anteo, 1984, (1916).
- NUN, José: **La rebelión del coro. Estudios sobre la racionalidad política y el sentido común**. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, (1989).
- PHILLIPS, Louise: "Hegemony and Political Discourse: the lasting impact of Thatcherism", **Sociology**, 32 (4), (1998).
- PORTANTIERO, Juan Carlos: **Los usos de Gramsci**. Buenos Aires, Grijalbo, (1987).
- PORTELLI, Hugues: **Gramsci y el bloque histórico**. México, Siglo XXI, (1973).
- SEMERARO, Giovanni: "Tornar-se 'dirigente'. O projeto de Gramsci no mundo globalizado", en Coutinho y de Paula Teixeira (2003), (2003).
- SIGAL, Silvia; Verón, E.: **Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista**. Buenos Aires, Legasa, (1986).
- THERNBORN, Göran: **La ideología del poder y el poder de la ideología**. México, Siglo XXI, (1991).
- THERNBORN, Göran: "Las nuevas cuestiones de la subjetividad", en Zizek (2003), (2003).
- VAN DIJK, Teun: **Ideología. Una aproximación multidisciplinaria**. Barcelona, Gedisa, (1999).
- VILLARREAL, Juan: "Los hilos sociales del poder", en Jozami, E., Paz, P. y Villarreal, J. **Crisis de la dictadura argentina**. Buenos Aires, Siglo XXI, (1985).
- ZIZEK, Slavoj: "El espectro de la ideología", en Zizek, **Ideología. Un mapa de la cuestión**. Buenos Aires, FCE, (2003).